EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environment Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

NADA ES NEGRO

DEIRDRE MADDEN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Nothing is Black*

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Literature Ireland

© Deirdre Madden, 1994
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-45-0
DEPÓSITO LEGAL: M-22485-2026
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © David de las Heras, 2026
MAQUETACIÓN: N. Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para Harry, con amor

CAFÉ: color de mole, de hoja que se va. Tierra.
AMARILLO: locura, enfermedad, miedo. Parte del sol y de la alegría.
AZUL COBALTO: electricidad y pureza. Amor.
NEGRO: nada es negro, realmente nada.

FRIDA KAHLO

1

Llegó al pueblo a última hora de la tarde de un lunes. Kevin había telefoneado a Claire esa mañana para avisar de que iba de camino, unos veinte minutos después de haberla despedido. Claire había prometido recoger a la visitante. «Sé puntual, te lo ruego», le dijo Kevin. «Le entrará el pánico si no te ve allí».

Pero Claire sabía que el autobús llegaría, como siempre, con retraso. Tenía tiempo de sobra para comprar lo que le hacía falta: un pollo, un bizcocho con fruta confitada, café de verdad; productos que, aun cuando en absoluto cabría considerar lujosos o exóticos, Rita no vendía en su tienda y, por tanto, ella sólo podía comprar cuando se acercaba al pueblo.

Lo metió todo en el maletero del coche, sin tomarse la molestia de cerrarlo de nuevo con llave. El vehículo aparcado junto al suyo era una autocaravana con matrícula alemana y dos bicicletas de montaña sólidamente fijadas a la parte de atrás. Se encaminó hacia el puerto. Un hedor húmedo a whisky, humo y cerveza negra rancia salió por la puerta batiente del pub en el momento en que pasó por delante. Era casi un alivio que algo enmascarase —aunque fuese unos segundos— el tufo a pescado que flotaba de continuo en el pueblo. Venía de la planta de

procesamiento. Lo va a notar en cuanto baje del autobús, pensó Claire. No era la primera vez que presenciaba la llegada de visitantes, y había notado la cara de asco que ponían en cuanto llenaban los pulmones de aire. En cualquier caso, el olor no resultaba tan problemático como podría haberlo sido en otra parte, se dijo, pues el pueblecito era tan aburrido que no había mucho que desmerecer: un supermercado Londis; un local de *fish and chips*; unos cuantos pubs; una tienda de efectos navales con el escaparate lleno de aparejos y chubasqueros amarillos; a esto había que sumar unos cuantos comercios indistintos diseminados por una calle mayor deslavazada con viviendas de colores pastel… Sí, pensó Claire, el olor a pescado era lo que confería a aquel lugar el poco encanto que poseía.

Se sacó del bolsillo un paquete de tabaco y una caja de cerillas y se encendió un cigarro mientras caminaba por el embarcadero, echando un vistazo de cuando en cuando por encima del hombro para comprobar si llegaba el autocar. Cada dos por tres se detenía para contemplar las pocas embarcaciones de pesca que había atracadas a sus pies, recreándose en la textura de la pintura densa y brillante, los bastos tablones de madera de las cubiertas y las cajas de plástico para la mercancía. Los arrastreros estaban amarrados a unos anillos de hierro de gran tamaño fijados al muelle. Le gustaban aquellos anillos, siempre se quedaba mirándolos. Le gustaba que el hierro hubiera ido dejando su marca en la piedra con el transcurso de los años, pues tanto el metal como la roca eran materiales duros y, sin embargo, el conjunto daba la impresión de

ser blando. ¡Cuánto gris! El muelle, el cielo, el propio mar; sólo los camarotes y los cascos de los arrastreros eran de colores vivos, también las cajas de plástico azul para el pescado. Empezó a llover, esa llovizna penetrante y persistente que, más que caer del cielo, parecía generarse por las buenas en el aire. Era pleno verano. Aplastó con el tacón lo que quedaba del cigarrillo. Echó un vistazo hacia atrás y advirtió el autocar verde aparcando.

En el corro de pasajeros cansados distinguió de inmediato a Nuala, a pesar de que llevaban años sin verse. Claire no pudo evitar sonreír al percatarse de cómo iba vestida, y tuvo que quedarse rezagada unos instantes para componer un semblante neutro antes de acercarse a ella. Llevaba un gabán impermeable verde oscuro. Era evidente que se había ataviado para ir al campo, pensando que así se vestía todo el mundo en Donegal. Claire también adivinó enseguida qué bultos de la pila de equipaje que el chófer descargaba del costado del autocar eran los de Nuala. El juego de maletas de tela de tapicería destacaba entre todo lo demás, entre los castigados bolsos del viaje y las bolsas de deporte Gola. Claire se alarmó un poco al comprobar la cantidad de cosas que traía, por más que fuera a quedarse hasta el otoño.

Se tardaba aproximadamente media hora en llegar a casa de Claire. Notó alivio en el semblante de Nuala cuando se lo anunció. «Aquello es muy diferente», le confirmó. «Aire puro a raudales».

Fueron por la carretera del litoral. Claire habría estado dispuesta a admitir que el lugar que había escogido para

vivir era inhóspito, pero también consideraba que poseía una magnificencia singular. Desde luego, carecía de la exuberancia y la belleza que la gente esperaba encontrar en el campo. Apreciar debidamente aquella región exigía cierta manera de ver las cosas. El viento que soplaba del Atlántico hacía que el paisaje nunca fuese estático. A ella eso le gustaba, igual que le gustaban los colores, nada brillantes pero a menudo intensos, y los contrastes que creaba la flora baja y delicada contra la piedra. La carretera se desplegaba a una altura considerable con respecto a la costa, dominando cabos y playitas de arena clara. En un momento dado se desviaba a la derecha y atravesaba un tramo de ciénaga, dejando atrás montículos de turba apilada. Allí la hierba era gris y no verde, gris contra el fondo marrón oscuro y suntuoso de la tierra cortada. La hierba se veía seca, la turba era de un pardo húmedo…

De repente, recordó que Nuala iba sentada en silencio a su lado. «Ya no queda mucho», comentó Claire. Nuala asintió, pero no dijo nada. Pasada la ciénaga, el territorio volvía a elevarse; aparecieron unas pocas casas de colores aquí y allá, y de nuevo divisaron el mar. Había un edificio azul vibrante con un nombre encima de la puerta y un anuncio de Guinness en la ventana; más allá, una tienda pequeña; más adelante aún, una casita blanca, algo apartada de la carretera. Poco después, la vía se terminaba; una vez allí, había una vivienda pequeña y gris de piedra en un promontorio; el terreno describía una pendiente empinada tras ella. Un camino corto y sin delimitar unía la casa con el punto en que la carretera se cortaba. Y un sendero

estrecho continuaba hasta una ensenada en lo más hondo del promontorio.

Claire vivía en la casa gris de piedra.

Cuando recibía a algún huésped, cobraba más conciencia de las cosas y se sorprendía contemplándolas como si también ella las viera por primera vez. Lo que le había llamado la atención en el pueblo había sido el olor a pescado. Lo que le llamó la atención aquí, tan pronto como se apeó del coche, fue el aire en sí, la acusada frescura del viento marino combinada con el olor dulzón del humo de turba.

Nuala casi no había abierto la boca en todo el trayecto; había respondido a los comentarios de Claire, pero sin formular preguntas ni emitir opiniones propias. Claire no sabía muy bien qué estaría pasando por su cabeza: ¿sería timidez, ansiedad, mal humor? Había hecho un largo viaje, se recordó a sí misma; debía de ser cansancio.

Ayudó a Nuala a meter el equipaje en la casa y la acompañó hasta su habitación. Aquél era siempre un momento delicado. Algunos se llevaban un visible chasco —se escandalizaban, incluso— ante la austeridad del cuarto en el que iban a alojarse. Pero eso a Claire no le molestaba. Mucho peores le parecían quienes reaccionaban con un regocijo exagerado. Sabía que ésos aborrecían el dormitorio bastante más que los que no hacían ningún esfuerzo por disimular su desazón. Algunas visitas fingían sentirse eufóricas ante la idea de pasar un tiempo en una casa de piedra en el remoto oeste: despertar en una habitación con techo de madera pintado y suelo de tablones lijados,

sin moqueta, dormir en una cama alta y estrecha de hierro y sin más mobiliario que un ropero, un tocador y una silla de cocina. En algunos casos, incluso en el instante en que Claire abría la puerta y mostraba el dormitorio, percibía que su invitado estaba ya calculando mentalmente el tiempo prudencial que tardaría en excusarse y huir de aquellas condiciones espartanas.

Algunos fingían estar encantados, tanto para sí mismos como para Claire, y durante una semana o dos jugaban con deleite a vivir una vida simple: hornear pan porque era la única manera de comerlo del día; comprar pescado en los alrededores, destriparlo y cocinarlo; acarrear turba para la chimenea. La novedad duraba de media unos diez días. Claire adivinaba que el final se acercaba cuando las visitas empezaban a hablar más de la cuenta de comida, sobre todo de sus restaurantes preferidos. Poco después, se marchaban. Los de más confianza le preguntaban abiertamente qué cable se le había cruzado para vivir en semejante agujero.

Nuala no manifestó reacción alguna cuando vio el cuarto. Se limitó a asentir con la cabeza y a soltar las maletas junto al ropero.

—El baño es la puerta de al lado. Baja cuando estés lista, prepararé un té.

Claire se disponía ya a irse cuando Nuala dijo:

—¿Puedo ver primero tu estudio? Verlo ahora, me refiero.

Claire se quedó sorprendida. Asintió, la guió hasta el otro extremo del descansillo y abrió una puerta. Nuala

entró y echó un vistazo a su alrededor. La luz norte bañaba las paredes blancas, los lienzos amontonados, las cajas de zapatos viejas con etiquetas en las tapas detallando su contenido, los tubos metálicos de pintura estrujados. Todo estaba extremadamente limpio y ordenado. Nuala pasó revista y asintió con la cabeza. Se acercó a la ventana, que daba al promontorio y a la ensenada de más abajo. En la bahía se distinguía un islote, poco más que un afloramiento rocoso, con un faro en la punta. El cielo era inmenso. Claire sostuvo la puerta abierta del todo para indicar su deseo de que Nuala saliera.

—Abajo nos vemos —repitió.

Se había terminado el té y estaba fumando el segundo cigarrillo cuando apareció Nuala. Estuvieron un momento sentadas en silencio. Claire se sentía incómoda.

—¿Quieres llamar a Kevin? —preguntó.

Pero Nuala respondió:

—No. Me llamará él por la noche.

Al final, Claire anunció:

—Voy a salir. —Se levantó y se guardó el tabaco en el bolsillo—. Me apetece dar un paseo ahora. Luego lloverá.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nuala.

Claire sonrió.

—Luego siempre llueve.

2

Mientras se ponía el anorak, Claire se preguntó qué dirección tomaría hoy. Decidió rodear la casa y subir a los acantilados porque se sentía oprimida y prefería las alturas que dominaban el mar antes que el arco restringido de la bahía. Anduvo durante una media hora hasta que salió a una vereda de ovejas más allá de la cual un tajo caía a plomo hasta el agua. El terreno era irregular y se sentó en una depresión curva con cierta apariencia de refugio. El ruido del océano y el viento la sosegaron.

Por algún motivo se acordó de Markus. Llevaba mucho tiempo sin pensar en él y no entendía por qué de repente le daba por recordarlo, mucho menos aquel día concreto en el que estuvieron juntos en una cafetería en Alemania y él le habló de su visita a Polonia. ¿Dónde había estado, en Cracovia o en Łódź? Ahora mismo no conseguía hacer memoria. Había estado matriculado seis meses en una escuela de Bellas Artes y, según le explicó, el alojamiento que le habían asignado resultó encontrarse en un edificio que había servido de cuartel general a los nazis durante la guerra. Allí habían torturado y asesinado a gente. Alguien le contó que las salas de los interrogatorios se ubicaban en el sótano, una zona que más tarde se habilitó para las duchas del alumnado. En la fachada habían

puesto una placa de mármol en memoria de los asesinados en aquel lugar.

—Eché un vistazo y supe de inmediato que sería incapaz de vivir allí —dijo Markus—. Imposible en un sitio donde se habían cometido tales atrocidades.

Había encontrado una habitación en un piso del centro.

—¿Tan importante era lo que hubiera pasado allí? —quiso saber Claire.

—Sí, por supuesto. Para mí lo era. —Le aseguró que jamás podría vivir en un lugar que hubiese conocido tanta maldad—. Y me parece que se te olvida mi nacionalidad —añadió con frialdad.

Recordó que al oír aquello se sintió avergonzada; y molesta también, por hablar de un tema así en la comodidad de aquella cafetería. Le parecía incongruente. Había sido idea de Markus que fueran allí. Le proporcionaban un placer pueril esa clase de locales: las cafeteras blancas y los empalagosos pasteles de crema, la madera oscura de las sillas de madera curva, los periódicos puestos en varas de bambú. «Es todo tan civilizado», solía comentar, para irritación de Claire.

Él sí era capaz de relajarse en sitios así, se abría a ella con más facilidad y le hablaba con sinceridad de lo que pensaba sobre esto y aquello; por ejemplo, que no había podido soportar la residencia universitaria. Decía que a veces se sentía superfluo como artista y que era duro que te vilipendiaran, pero más duro aún era sentirse ignorado. «A los europeos ya no les interesa el arte porque guarda relación con la muerte. El arte te enseña a morir, y la

gente no quiere ni oír hablar del tema. En ese sentido, el arte es religioso. Hasta este siglo, siempre hubo una distinción entre lo que era arte verdadero, vinculado con la religión, y lo que cumplía una función social, o sea, con fines ornamentales o de entretenimiento. Ahora, en cambio, sólo tenemos dos opciones: dinero y entretenimiento. Lo importante es ganar dinero, y ya después descansar dejándose distraer por lo que muchos gustan de considerar arte».

Lo irónico del asunto era que Markus gozaba de cierto éxito como artista y, en el momento en que quedaron en el café, acababa de aceptar el encargo de hacer una escultura para un banco, algo que le generaba desconcierto y lo halagaba tanto como lo atribulaba. Le confesó a Claire ser muy consciente de que jamás habría aceptado una propuesta semejante en su juventud. Que todavía no entendía por qué lo habían llamado a él. Por un lado, le horrorizaba saberse a sueldo de aquellos ignorantes. Por otro, contar con ese dinero le daba tranquilidad. «No soy tan idiota como para pensar que los clientes que entren en el banco verán la obra y, de pronto, la valorarán», afirmó. «No creo en eso de que hay que acercar el arte a la gente. El que quiere arte ya se encarga de buscarlo solito. Si en el banco entra alguien con cierta predisposición hacia el arte, es posible que le guste lo que hago, pero al que no le interese no lo voy a convertir». Le contaba todo esto con aire triste y melancólico. Sabía muy bien lo que era la integridad artística y sentía que estaba traicionando sus principios. A Claire le recordó al adúltero que habla

con pesadumbre de lo maravillosa que es su esposa, que no merece ser traicionada, mientras sigue engañándola.

Se les acercó la camarera, y Markus se animó y sacó la cartera para abonar el café y los pasteles. Claire no era capaz de imaginárselo sin dinero; no es que nadase en la abundancia, pero nunca le faltaba de nada ni se permitía caer en la precariedad de los apuros económicos en los que ella se encontraba a menudo. La camarera, que lucía un mandil con volantes, hurgó en la cartera de cuero extensible que llevaba prendida del cinturón para darle las vueltas.

En una ocasión, Claire había visitado un campo de concentración. Cuando estuvo en Múnich, visitó Dachau. Se abstuvo de contárselo a Markus. Fue una experiencia extraña, en absoluto como imaginaba. Le había dejado una sensación de vacío.

Aquel día cobró conciencia del efecto que el mal podía ejercer en un espacio, dejando no la impronta de horror que cabría esperar, sino más bien aniquilando toda la energía espiritual del lugar, volviéndolo estéril. Dachau era un museo, de una limpieza inmaculada. Claire vio a un turista hacerle una foto, a contraluz, con una cámara rudimentaria, a un uniforme de preso lavado y planchado que se exhibía en una vitrina de cristal. Claire sabía que la imagen no saldría bien. En el mejor de los casos habría una silueta negra y sin cabeza recortada contra un fondo iluminado. El meticuloso cuidado con el que se presentaba la exposición la incomodó, le resultó más revelador que el museo en sí, y le pareció una injusticia que fueran

precisamente las personas que habían cometido aquellas barbaridades las que ahora las explicaran. Era una expiación falsa. Una vez había visitado una exposición de fotografía sobre Dachau tal como era en la actualidad que consistía en imágenes de los letreros repartidos por todo el campo —POR AQUÍ, GIRE A LA DERECHA, PROHIBIDO EL PASO— que los visitantes debían obedecer en todo momento.

Markus se guardó el cambio en el bolsillo.

—¿Y qué opinarías de vivir en una casa donde alguien se hubiera suicidado? —Markus la miró con cara de no haber entendido la pregunta. Era evidente que había perdido el hilo de la conversación—. ¿En una casa así sí podrías vivir?

—Por supuesto —contestó, entendiendo de pronto a qué se refería—. Eso no me plantearía ningún problema, porque no es lo mismo el mal que el sufrimiento. Soy incapaz de tolerar un lugar donde se ha infligido el mal y, como te decía, no podría vivir en un sitio así. En cualquier casa que haya estado habitada va a haber sufrimiento, igual que hay alegría; y, si una persona ha llegado al extremo de quitarse la vida, entonces el sufrimiento será extremo. Eso sí lo puedo aceptar porque me inspira lástima, no espanto. Vivir libremente y en paz en un lugar así equivale a mostrar solidaridad con el sufrimiento del pasado.

Habían transcurrido años desde aquel día que ella recordaba ahora, acurrucada en el punto más alto del acantilado. Quedaban ya muy pocos lugares que no estuvieran

impregnados de sangre, de los que se pudiera afirmar con certeza que no habían sido escenario de ninguna atrocidad en el pasado. Le gustaba aquel sitio porque sentía que no estaba saturado de experiencias humanas de esa clase. Se preguntó dónde se encontraría Markus en ese preciso instante y qué estaría haciendo. Llevaba años sin verlo y sin recibir noticias suyas, y lamentaba que hubieran perdido el contacto. Lo había querido mucho.

El suelo donde estaba sentada era de turba, mullido. Se inclinó por encima de una pequeña mata de hierba y la examinó con minuciosidad, separando con los dedos las plantas diminutas que la componían, los musgos, los líquenes. Le fascinaba la combinación de lo pequeño y lo complejo en la flora. Apoyó la cabeza en la mata como si fuese una almohada, cerró los ojos y escuchó el mar, los pájaros y el viento. Nunca se había arrepentido de venir a vivir aquí. Abrió los ojos y vio, a escasos centímetros de su cara, una araña minúscula encaramándose a una brizna de hierba. ¿Dónde estaría Markus ahora? Se incorporó y contempló el horizonte, más allá del océano. Claire se acordó de la mujer que acababa de dejar en casa y formuló para sus adentros el deseo de que el periodo de tiempo que se disponían a pasar juntas discurriera sin percances. ¿Qué estaría haciendo Nuala? ¿Seguiría bebiendo té? La imaginó sentada a la mesa de la cocina, rodeando con las manos la tetera para entrar un poco en calor, mirando por la ventana hacia el promontorio, de un tono verde vivo en contraste con el gris suave del cielo. ¿Se fijaría en esos detalles? Claire sabía de antemano lo que se encontraría a

su regreso: la oscuridad, como si una habitación pudiera inundarse de negrura igual que podía inundarse de luz. De repente, la tenue calidez de su casa se le antojó desproporcionadamente deseable. Sí, había acertado al volver aquí. Se levantó y emprendió el camino de regreso.